

Rosario López de Prado

Filmoteca española

Escrito en chino

“When written in Chinese, the word ‘crisis’ is composed of two characters. One represents danger and the other represents opportunity”. (1)

John F. Kennedy

Hasta no hace mucho tiempo, en España, las bibliotecas de museos eran consideradas por los propios bibliotecarios como destinos de tercera división, instituciones donde el trabajo era escaso, la demanda casi inexistente y la relevancia, nula. Un “balneario”, en lenguaje coloquial. Por su parte, los profesionales de museos (conservadores, ayudantes, restauradores) solían declararse orgullosos de disponer de impresionantes bibliotecas, por las que confesaban sentir un respeto reverencial y no dudaban en reconocerles un papel clave en el desarrollo de su trabajo.

La realidad no se ajustaba a ninguna de estas dos imágenes tan diferentes. Las bibliotecas de museos, a caballo entre uno y otro terreno, participaban de muchas de las ventajas de ambos, pero también padecían bastantes de sus inconvenientes. Circunstancia que no les era exclusiva: se repite en la mayoría de las bibliotecas especializadas, con frecuencia secciones en instituciones de rango superior, en las que se integran como piezas del organigrama. En España hay una larga cadena de ejemplos, desde las bibliotecas del Congreso y el Senado a la de la Escuela Diplomática, pasando por las de fundaciones, academias, fábricas, ministerios, centros de investigación, empresas, bancos, corporaciones, colegios profesionales y otros mil casos más.

La percepción que los bibliotecarios de otros centros tenían acerca de los colegas destinados en los museos era tremendamente injusta: había y hay en ellas suficiente trabajo como para saturar al más entusiasta de los profesionales. Los bibliotecarios de museos eran tan buenos o tan

malos como podría ser cualquier otro. Pero, desde luego, su tarea estaba muy lejos de ser reconocida, en parte por olvido y distanciamiento de sus propios compañeros, en parte por su escasa presencia en el ámbito público. Antes de los noventa era extremadamente raro encontrar alguna intervención procedente de museos en cualquier tipo de foro, asamblea, congreso, publicación o jornada, incluidas las específicas de bibliotecas especializadas. Tampoco se conocían trabajos de investigación sobre este asunto.

En cuanto a los profesionales de museos, que tanto gustaban de manifestarse incondicionales de sus bibliotecas, con frecuencia las consideraban colecciones de su propiedad (casi me atrevería a decir de su propiedad privada), donde trataban de imponer criterios individuales de uso. Los que han trabajado en bibliotecas de museos saben lo difícil que resulta que todo el mundo respete las reglas más elementales, y han padecido las discusiones interminables acerca de las políticas de adquisición y admisión de usuarios, donde cada cual está convencido de que se debe tomar en cuenta su opinión y sólo la suya. Los museos, tan orgullosos como se decían de sus bibliotecas, pocas veces emprendían proyectos que las favoreciesen y la ampliación de algunas sedes se debía exclusivamente a la presión generada por la acumulación de fondos. Invariablemente, fueran las que fueran las circunstancias, el estatus profesional del bibliotecario no se consideraba a la altura del de los conservadores, aun perteneciendo a cuerpos similares de la Administración Pública (de quien dependen la mayoría de los grandes y medianos museos españoles) y era muy raro que los al-



canzasen las promociones o recalificaciones profesionales. Si querían progresar, no había más oportunidades para ellos que abandonar el museo. No es extraño, pues, que se sintieran discriminados y marginados por tirios y troyanos, ni que nunca se haya llegado a formar un cuerpo estable de especialistas, tal como existe en otros países. Y como sería deseable, dado que un bibliotecario de museo, para ser competente, necesita apoyarse en una formación compleja y altamente cualificada.

Tampoco las bibliotecas de museos recibieron demasiado apoyo de las administraciones, por no decir que no recibieron ninguno. Aunque la legislación que regula a los museos españoles mencionaba a sus bibliotecas ya desde el siglo XIX, lo cierto es que, más tarde, su presencia fue disminuyendo paulatinamente en las normativas, hasta que, en muchos casos, terminó por desaparecer. Todas estas circunstancias, naturalmente, se influían y condicionaban entre sí de manera negativa, lo que generó un círculo vicioso donde el peso muerto de cada factor lastraba también el desarrollo de otros.

Este desconcertante panorama no exculpa totalmente de responsabilidad a los propios bibliotecarios de museos. Con frecuencia, aunque con notables excepciones, aceptaron su papel de segundones con abnegada, pero ineficaz resignación y, en cuanto a la escasa presencia en el ámbito profesional, a nadie más podía pedirse explicaciones que a ellos mismos: casi nunca tomaron la iniciativa, pocas veces intentaron romper la inercia de la situación. En muchos casos no supieron, o no quisieron, subirse al inevitable carro de las nuevas tecnologías y, poco a poco, fueron quedando en la retaguardia. No era extraño, pues, que terminaran en cierto modo, olvidados por sus compañeros, ya que la imagen que proyectaban no era, precisamente, la de profesionales punteros.

La situación comenzó a cambiar en los años noventa. Más o menos lentamente, las bibliotecas de museos adquirieron una visibilidad que nunca habían tenido, asumieron un papel activo, apostaron por la renovación y, en poco tiempo, algunas de ellas fueron reconocidas como lo que eran: instituciones de gran calidad. La presencia de los bibliotecarios en foros profesionales pronto fue habitual e incluso se animaron a organizar, con notable éxito, sus propios eventos. Paralelamente, las Administraciones Públicas empezaron a ser conscientes de su relevancia, a invertir más recursos y prestarles más atención de la que hasta entonces había sido tradicional. No es seguro qué tiró de qué: si fue la

actitud de los bibliotecarios la que obligó a fijar la vista en las bibliotecas o si, por el contrario, el cambio que se iniciaba en los museos sirvió de estímulo a los bibliotecarios. No hay que olvidar, tampoco, la influencia externa, que ahora era mucho mayor: los proyectos de grandes bibliotecas de museos en Francia, Gran Bretaña, Alemania o los países nórdicos, el motor de asociaciones como las de los bibliotecarios de arte norteamericanos (ARLIS/NA) o la actividad de grupos, como la Sección de Bibliotecas de Arte de la IFLA, no fueron ajenos a este fenómeno.

Sea cual fuese el motivo, el caso es que el panorama cambió. De esa época son las Jornadas de Bibliotecas de Arte, la Asociación de Bibliotecas de Arte de España y Portugal (BAEP), que a mediados de los noventa formaron uno de los primeros micrositijs en la web del Ministerio de Cultura, los seminarios de Bibliotecas de Museos y una larga serie de publicaciones y trabajos de investigación. Muchos museos crearon o ampliaron sus bibliotecas y esa tendencia se mantiene hasta ahora. España cuenta ya con excelentes ejemplos: la del Centro de Arte Reina Sofía (recientemente ampliada), el Centro de Documentación de Artium (Premio Nacional de SEDIC), la del Museo de Bellas Artes de Bilbao, la del Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM), la del Museu Nacional d'Art de Catalunya o la del Museo del Prado (la última y más espléndida apuesta de renovación), entre otras, son una buena prueba de que las cosas han cambiado. El Museo Arqueológico Nacional, en estos momentos en obras, se ha embarcado en una reforma de la que su biblioteca saldrá favorecida. Además, los museos estatales han comenzado ya a trabajar con vistas a una mejor gestión de sus catálogos; la especialidad de Documentación forma parte de las enseñanzas regladas de Museología; y actividades como el I Premio SEDIC a la Calidad y la Innovación, o esta misma publicación, muestran que el interés por las bibliotecas de museos no ha decaído.

Sin embargo, en medio de unas perspectivas tan prometedoras, han comenzado a verse las temibles sombras de la crisis. Una crisis que perturba a toda la sociedad y de la que ningún sector va a salir indemne. Que amenaza con truncarlo todo. Una crisis que está frenando el desarrollo del país y que, por supuesto, afectará también a los museos y a sus bibliotecas. Eso es seguro, sí, pero, ¿hasta que punto?

Si se analiza objetivamente la situación actual, el panorama presenta unos rasgos

“La situación comenzó a cambiar en los años noventa. Más o menos lentamente, las bibliotecas de museos adquirieron una visibilidad que nunca habían tenido, asumieron un papel activo, apostaron por la renovación y, en poco tiempo, algunas de ellas fueron reconocidas como lo que eran: instituciones de gran calidad”

complejos y muy interesantes. Las bibliotecas de museos parten de una buena posición, ya que cuentan con excelentes colecciones y personal cualificado, ocupan sedes bien situadas y están protegidas por los museos a los que pertenecen. No son pocos los recursos de que disponen. Un estudio de finales de los noventa demostró que las bibliotecas de museos en España no son deficitarias ni pobres. Disfrutaban, en líneas generales, de mayores niveles de inversión que la media de las bibliotecas españolas. Los gastos más importantes, que son los generados por el solar, edificio, instalaciones, equipamientos y grueso de las colecciones, hace tiempo que están hechos y la base de los fondos, adquirida y procesada. El bajo índice de obsolescencia de sus materias no las exime de nuevas adquisiciones, pero sí de la angustiada carrera por la última publicación a la que se ven obligadas, por ejemplo, las bibliotecas de tecnología o medicina, mientras que la proliferación de la edición electrónica (verdadera vía de actualización en investigación) permite reducir drásticamente los presupuestos. Estas son sus fortalezas.

También tienen debilidades. La más inminente de todas es la deficiente gestión, que las obliga a derrochar recursos. La más grave (pero evitable), las bajas tasas de uso, lo que hace que el derroche sea, además, un lujo superfluo. El estudio antes citado calculó el gasto de las bibliotecas de los museos estatales tomando como referencia lo que costaba atender a un lector y descubrió que en muchos casos se trataba de cifras tan exorbitantes que, en términos de rentabilidad, ninguna economía del mundo las podría asumir de forma indefinida. Las bibliotecas de museos llevan toda la vida intentando definir sus perfiles de usuarios y con frecuencia han optado por convertirse en centros excluyentes, con la justificación de reservar sus espacios solamente a investigadores. La expresión “usuario investigador” da un poco de miedo. En realidad, la línea que separa a un investigador de un aficionado, o simplemente curioso es, a menudo, demasiado delgada para construir un muro con ella. Por no mencionar la función de formadora de investigadores que tienen las bibliotecas, sobre todo las especializadas, y de la que con frecuencia se inhiben. Por todo esto, muchas bibliotecas de museos alejaron a sus posibles clientes y fueron languideciendo, aniquiladas por el equivocado afán de convertirse en unidades de elite.

Este factor es, a la vez, debilidad y amenaza, como amenaza es, y gravísima, el peligro de invisibilidad. Las bibliotecas de

museos no sólo no pueden permitirse perder el terreno ganado, sino que tendrán que seguir ganárselo cada día. Es necesario que aspiren al crecimiento y vean el desarrollo futuro como una cuestión de competencia: hay que atraer usuarios, hay que hacerse ver. En el mundo actual, si no te ven, no existes. Que se las olvide es su peor amenaza, mucho peor que los recortes presupuestarios y la precariedad de recursos. Y amenazas son la rigidez administrativa, la burocracia, la falta de flexibilidad y de autonomía dentro de los propios museos, que puede llegar a asfixiar a las bibliotecas. Amenaza no menor es la desmotivación del personal y la ausencia de incentivos. Pero amenaza es también que los profesionales sólo tengan interés en su carrera.

Afortunadamente, también hay oportunidades. Muchas oportunidades. Y, por paradójico que pueda parecer, la crisis no las ha reducido, sino todo lo contrario. No ha hecho mella en ninguna de las fortalezas de las bibliotecas de museos, lo que ya las sitúa en unas condiciones óptimas para afrontar la crisis: cuentan con todos sus recursos. Una situación ventajosa frente a la competencia. Una excelente oportunidad para incrementar el número de usuarios: durante las crisis, la gente utiliza más los medios públicos y colectivos. Es un hecho conocido que en época de escasez aumenta la asistencia al cine y al teatro. Si la población va a más espectáculos, que no son gratuitos, ¿alguien duda de que acudirán más a las bibliotecas y a los museos si disponen de la oferta adecuada?

Están muy a mano los recursos electrónicos, hasta ahora escasamente utilizados en las bibliotecas de museos. Permiten llegar a cualquier persona, en cualquier sitio, a cualquier hora, hacen fácil la distribución de información y mantienen siempre abiertas las puertas de las bibliotecas. Son muy económicos. ¿Cuánto cuesta hacer un boletín de sumarios digital y distribuirlo en el acto a los suscriptores? ¿Cuánto informar de actividades por correo electrónico? ¿Qué presupuesto es necesario para lanzar foros, clubes de lectura, presentación de novedades, bibliografías, conferencias en línea, lecturas de tesis o mil cosas más?

Algo más complicado, pero no imposible —ni siquiera difícil—, es abrir la biblioteca a nuevos usuarios, especialmente jóvenes, fomentar el uso de los fondos, despertar el interés por los contenidos, servir de introducción y complemento a las colecciones de cada museo. Es preciso ampliar la oferta para fomentar la demanda y hacer de cada biblioteca un lugar de referencia, un espacio acogedor que

“La expresión ‘usuario investigador’ da un poco de miedo. En realidad, la línea que separa a un investigador de un aficionado, o simplemente curioso es, a menudo, demasiado delgada para construir un muro con ella”

despierte la necesidad de información y la satisfacción. Un sitio atractivo.

Y está esperando Internet, uno de los campos mejor abonado y peor utilizado. Aunque nos hemos acostumbrado a buscar información en la Red, casi todos sabemos que la que ofrece no siempre es de confianza. Y, sin embargo, hay suficiente información segura en Internet. El problema es que el usuario medio nunca sabe si el sitio al que ha llegado la proporciona. ¿No tienen ninguna función las bibliotecas especializadas en la certificación de calidad del contenido de las páginas? Aunque sean profanos en la materia de la que trata, los profesionales de la información saben utilizar herramientas bibliográficas y bibliométricas para distinguir un libro de calidad de otro que no lo es, un buen artículo de uno malo, un trabajo científico de una falsificación. ¿Qué les impide emplearse en garantizar que determinados sitios son fiables y otros no? ¿Qué presupuesto extraordinario se necesita para hacerlo?

Y, finalmente, los propios museos, casi todos en pleno proceso de actualización y cambio, necesitan las bibliotecas más que nunca. Porque, además de los servicios tradicionales –selección, adquisición, pres-

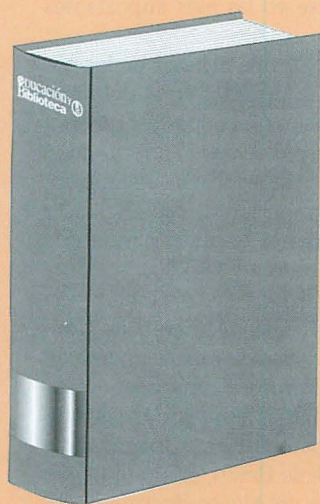
tamo y reprografía–, de los especializados –DSI, boletines, alertas, búsquedas–, hay nuevas funciones que deben requerir de las bibliotecas, si de verdad quieren hacer de los museos centros activos, atractivos, nuevos. Porque las bibliotecas, sus bibliotecas, están listas para ofrecerles asesoramiento y el tesoro de una larga experiencia en cuestiones tan fundamentales como normalización, control terminológico, automatización, gestión del conocimiento...

Alguien dijo que no seremos recordados por lo que hicimos, sino por cómo actuamos en tiempo de crisis. En unas circunstancias como las actuales conviene ser prudente y medir las fuerzas. Pero también es importante, incluso más, no perder el optimismo. Porque, a pesar de la crisis o, tal vez, gracias a la crisis, a las bibliotecas de museos se les abre un futuro prometedor, interesante, atractivo, un apasionante desafío. Una verdadera oportunidad. Si saben responder de forma adecuada, esta puede ser su mejor época.

Por eso, cuando los bibliotecarios de los museos encuentren en su camino, el inevitable término “crisis” deberían verlo siempre escrito en chino. ◀▶

Nota

- (1) Traducción de la redacción de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA: “Escrita en chino. la palabra ‘crisis’ está compuesta de dos caracteres. Uno representa peligro y el otro representa oportunidad”.



TAPAS

para encuadernar un año completo de Educación y Biblioteca

- ▶ Con sistema especial de varillas metálicas que le permite encuadernar a usted mismo y mantener en orden y debidamente protegida su revista.
- ▶ Cada ejemplar puede extraerse del volumen cuando le convenga sin sufrir deterioro.

Deseo que me envíen: Las TAPAS (8 €)

Efectuaré el pago*:

Contra-reembolso, más 4,20**€ gastos de envío

Talón adjunto

Nombre Apellidos

Tfno. Domicilio

Población C.P. Provincia

Firma

COPIE / RECORTE ESTE CUPÓN Y ENVÍELO A

EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA
Príncipe de Vergara, 136- oficina 2
28002 MADRID

También por fax al 91 411 60 60
o al mail suscripciones@educacionybiblioteca.com